

 HARLEQUIN™

Jazmin™

3
NOVELAS
inolvidables



COLLEEN
FAULKNER

¡Cásate
conmigo!

MARION
LENNOX

Unos invitados
muy especiales

REBECCA
RUSSELL

Un lugar en
tu corazón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

N.º 541 - febrero 2022

© 2002 Colleen Faulkner

¡Cásate conmigo!

Título original: A Shocking Request

© 2001 Marion Lennox

Unos invitados muy especiales

Título original: Adopted: Twins!

© 2002 Rebecca Russell

Un lugar en tu corazón

Título original: Right Where He Belongs

Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2002

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1105-509-3

Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[¡Cásate conmigo!](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Unos invitados muy especiales](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)

[Un lugar en tu corazón](#)

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Jazmin

COLLEEN FAULKNER

¡Cásate conmigo!



Capítulo 1

Feliz aniversario, feliz aniversario. Feliz aniversario, feliz, feliz... -estaba cantando Grant en voz baja.

No sabía de dónde había salido la cancioncilla, pero creía haberla oído en *Los Picapiedra*.

Mientras cantaba, golpeando el suelo con el pie, comprobó si los espagueti estaban en su punto. Después, los escurrió con un colador, echó un poco de margarina y... *voilà*, una cena digna de...

Digna de un viudo en el aniversario de su boda, pensó mientras echaba salsa picante sobre los espagueti. Grant tomó la bandeja y se dirigió al salón, donde lo esperaba una cinta de vídeo.

Para ser vista dos años después de que me haya ido, decía la etiqueta, con la letra menuda y ordenada de su difunta esposa.

Ally había guardado una caja entera de cintas «por si acaso». La mayoría eran para sus hijas y cada cinta tenía una etiqueta con el nombre de una de las niñas y la ocasión en que debía ser vista. La siguiente era para el dieciséis cumpleaños de Hannah, cuatro meses más tarde.

Faltaban dos semanas para el aniversario de la muerte de Ally, pero Grant pensó que no importaría si la viera un poco antes. Al fin y al cabo, aquel día era el aniversario de su boda. Decidido, metió la cinta en el vídeo y se sentó en su sillón favorito, el que Ally había tapizado con una tela de cuadros escoceses.

Cuando la pantalla se encendió, no pudo evitar una sonrisa. Se había acostumbrado a la ausencia de Ally, pero

verla en la pantalla lo ponía triste... y alegre a la vez.

Allí estaba su mujer, sentada en aquel mismo sillón. Iba descalza y llevaba pantalones cortos y una visera para cubrir su cabeza porque, debido a la quimioterapia, había perdido mucho pelo. Pero estaba preciosa. No parecía una mujer a punto de morir de cáncer; un cáncer de mama que se había extendido por todo su cuerpo.

-Hola, Grant -dijo, con una sonrisa en los labios.

-Hola -susurró él.

-Si estás viendo esta cinta, habrán pasado dos años -siguió diciendo Ally, mirándolo como si estuvieran en la misma habitación-. Porque te conozco -sonrió ella, señalándolo con el dedo-. Y sé que no harías trampa. Nunca verías esta cinta antes de la fecha prevista.

-Eso es lo que tú crees -sonrió Grant-. La estoy viendo dos semanas antes, tonta.

-Bueno, espero que estés bien. Y espero que las niñas sean felices.

-Están estupendas, Ally -murmuró él, con los ojos clavados en la pantalla.

Era tan guapa, con el pelito rubio y los ojos azules... Después de las mastectomías pensaba que él no la vería hermosa, pero no era cierto. La había querido hasta el último momento, hasta el último aliento. Incluso en aquel instante...

-La razón por la que he grabado esta cinta es que... estoy preocupada por ti, Grant -continuó Ally-. Sé que cuidarás bien de las niñas porque eres un buen padre. Haces la colada...

-Y ordeno la ropa en cestas, con el nombre de cada una.

-Y seguro que tienes comida congelada en la nevera con etiquetas y todo -seguía diciendo ella.

Su mujer lo conocía tan bien... La noche anterior habían comido un estofado de carne que estaba en el congelador, con la fecha de caducidad. Por supuesto.

-Seguro que el garaje está tan organizado como siempre, las alfombras limpias y los cuartos de las niñas relucientes... incluso el de Hannah, aunque eso sí que es difícil.

Grant acercó un poco el sillón a la pantalla, como si así pudiera estar más cerca de su mujer. La echaba tanto de menos...

-Y seguro que sigues llevando la ropa a la tintorería cada lunes para recogerla el miércoles, cuando Becka sale de su clase de violín.

-El jueves. La señora Jargo tuvo que cambiar el día porque ahora va a la peluquería los miércoles.

-Y seguro que las niñas hacen los deberes cada noche y siguen sacando buenas notas -sonrió Ally.

A Grant se le encogió el corazón. Las sonrisas de su mujer eran un mundo para él. Cuánto la añoraba.

-Pero... no es por eso por lo que estoy preocupada. Me preocupas tú, cariño. Sé que vas a la peluquería todas las semanas, que te haces una limpieza dental cada seis meses, que siempre planchas tus camisas el domingo por la noche, pero... debes sentirte muy solo, Grant. Y seguro que no sabes qué hacer.

Él contuvo el aliento, preguntándose qué iba a decir después.

-Así que tengo un plan -le sonrió Ally desde la pantalla-. Y sé que estarás de acuerdo porque a ti te gusta mucho tener las cosas bien planeadas.

Grant se movió en el sillón, nervioso. ¿Un plan? ¿Un plan para qué?

-La razón por la que no te he dicho esto antes... cuando seguía aquí, es porque sabía que no querías escucharme. Pero han pasado dos años, cariño, y es hora de que sigas adelante con tu vida. Mereces ser feliz, mi amor.

A Grant no le gustó aquello, pero tenía que oírlo. Tenía que oír lo que Ally quería decirle.

-Yo creo que ya es hora de que empieces a salir con alguna mujer -dijo su esposa entonces, mirándolo a los ojos desde la pantalla del televisor-. Lo sé, lo sé... Nunca podrás amar a nadie como me amaste a mí. No quieres salir con nadie más y no necesitas a nadie... Pues deja que te diga una cosa, Grant. Todos necesitamos a alguien. Y si fuera al revés, si fuera yo quien estuviera escuchando esto en el sillón, tampoco me gustaría oírlo -siguió Ally-. Pero tendrías razón.

Grant se quedó mirando la pantalla, atónito. Jamás habría esperado aquello.

¿Ally quería que saliera con otras mujeres? No podía creerlo, no podía creer que hubiera dejado una cinta diciendo tal barbaridad. Pero así era Ally, desde luego. Su difunta esposa siempre lo planeaba todo, como él.

-Sé que es duro para ti -siguió ella-. Pero tienes que darte una oportunidad.

-¿Salir con alguien? -murmuró Grant-. ¿Con quién? ¿Quién querría a un hombre que vive de un salario de director de colegio y tiene tres hijas que cuidar?

-Lo sé, lo sé -dijo Ally casi simultáneamente-. ¿Quién saldría con un profesor viudo con tres hijas?

-Director de colegio -la corrigió él, orgulloso-. Conseguí el puesto el año pasado, cuando George se marchó a Maine.

-Así que lo he pensado muy bien... -siguió diciendo su mujer-. Sé que pensarás que nadie quiere salir contigo y que no sabrías de qué hablar si salieras con una desconocida. Eso también lo tengo planeado.

-¿Ah, sí?

Ally estiró las piernas y se inclinó hacia la cámara.

-Jenna -dijo en voz baja-. Quiero que salgas con Jenna. Yo creo que no será difícil que te enamores de ella -añadió, con una sonrisa amarga y dulce a la vez-. Quiero que te cases con Jenna, Grant.

Él tomó el mando del vídeo, pensando que había oído mal. ¿Jenna? ¿Ally quería que se casara con Jenna? ¿Había dicho casarse?

Nervioso, pulsó el botón de rebobinado.

-Jenna. Quiero que salgas con Jenna... Yo creo que no será difícil que te enamores de ella. Quiero que te cases con Jenna, Grant.

Grant iba a rebobinar la cinta de nuevo cuando oyó la puerta de la calle.

-¡Papá! -lo llamó Maddy, la pequeña.

-¿Dónde estás, papá? -oyó entonces la voz de Becka.

Él se levantó, agitado.

-Estoy aquí.

-¡Papá! -exclamó Maddy, de cinco años, echándose en sus brazos-. Jenna me ha comprado vendas. Para vendar a todos mis muñecos de peluche.

Grant abrazó a su hija, que olía a chocolate y a champú de bebé. Maddy quería ser veterinaria de mayor y siempre estaba curando pacientes humanos y de peluche, a los que vendaba de arriba abajo. Su hija mayor, Hannah, decía que daba miedo entrar en su habitación y ver a todos los muñecos vendados como momias.

-A mí me ha regalado unos calcetines que pegan con el uniforme -sonrió Becka, de once años, dejando una bolsa sobre la mesa de la cocina.

-Hola, papá -lo saludó Hannah.

-Hola, cariño.

-Hola, Grant -lo saludó Jenna.

Jenna.

La había visto un millón de veces. Eran amigos desde la universidad. Jenna fue quien le presentó a Ally...

Y, de repente, no podía apartar los ojos de ella.

Jenna no se parecía nada a su difunta esposa. Era alta, pelirroja, con el pelo largo. No era gorda, pero tampoco delgada. Voluptuosa más bien. Tenía caderas, pechos... Ally

siempre fue muy delgadita, incluso después de tener a las niñas.

Los ojos de Jenna eran verdes con puntitos dorados. Tenía pecas en la nariz y unos labios... generosos, voluptuosos, como los de las modelos.

-Hola -la saludó, poniéndose colorado.

-Siento llegar tan tarde, pero Becka necesitaba unos calcetines, Maddy vendas... y, en fin, que hemos ido de tiendas.

-Ha sido culpa mía, papá -se disculpó Hannah, dándole un beso en la mejilla-. Es que quería comprar el nuevo CD de Red Hot Chili Peppers y no lo encontrábamos por ninguna parte. Bueno, me voy a hacer los deberes. Buenas noches, papá. Buenas noches, Jenna. Y gracias.

-De nada, tonta.

-Yo ya he hecho los deberes -les informó Becka-. Buenas noches, Jenna. Vamos, Maddy, si quieres que papá te lea un capítulo de Harry Potter, tienes que meterte en la cama ahora mismo.

-Harry Potter -sonrió Maddy, tomando un oso de peluche vendado hasta las orejas-. Voy a casarme con él.

-No puedes casarte con él, boba. Es un personaje inventado -iba diciendo Becka por el pasillo.

-¡No es inventado!

Cuando se quedaron solos en la cocina, Grant miró a Jenna, que estaba guardando cosas en la nevera.

-He comprado leche porque Hannah me dijo que casi no teníais.

Bajo la gabardina llevaba un jersey negro de cuello vuelto y una falda de cuadros. El pelo, sujeto con una coleta de la que escapaban algunos rizos... que, absurdamente, lo dejaron fascinado.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó ella.

-Sí, claro -murmuró Grant, mirando al suelo.

-¿Seguro? Sé que... bueno, que es tu aniversario de boda. Por eso pensé que sería buena idea irme con las niñas de

compras.

-Gracias -sonrió él, acompañándola a la puerta.

¿Salir con Jenna? Ally quería que saliera con Jenna. Que se casara con ella.

-Si no necesitas nada más, hasta mañana.

-No.

Ella se volvió, sorprendida.

-¿Cómo?

-No, que no necesito nada más. Hasta mañana -se despidió Grant, nervioso.

-Buenas noches -sonrió Jenna.

-Buenas noches.

Cuando se quedó solo, dejó escapar un suspiro. Era absurdo... ¿Por qué, de repente, Jenna lo ponía nervioso?

Sonriendo para sí mismo, apagó la luz del pasillo y subió para darle las buenas noches a sus hijas. Después de leerle a Maddy un nuevo capítulo de la serie de Harry Potter entró en el cuarto de Becka, que estaba dormida, y le dio un beso en la frente.

-Buenas noches, Hannah -murmuró, asomando la cabeza en el cuarto de la mayor.

-Buenas noches, papá.

Una vez de vuelta en el salón, Grant miró la pantalla oscura del televisor y su cena, que se había quedado helada.

¿Ally quería que se casara con Jenna? Era ridículo. Más que ridículo, absurdo.

¿O no?

Grant se sentía solo. No le gustaba admitirlo, pero era cierto. Se sentía solo y echaba de menos a su mujer. Había pensado que el trabajo y las niñas serían suficientes para llenar su vida, pero no era cierto. Lo había sabido durante meses. Le faltaba algo. Alguien.

Estaba mirando la pantalla oscura del televisor cuando oyó pasos en la escalera.

-¿Papá? -lo llamó Hannah.

-Estoy aquí.

Hannah se parecía mucho a su madre, con el pelo rubio y los ojos azules que brillaban como joyas cuando se reía.

-¿Otra vez a oscuras?

-Ya ves...

-¿Estás pensando en mamá?

-Sí, hija.

-Yo también he pensado en ella. Hoy era vuestro aniversario.

A Grant le emocionó que su hija lo recordara.

-La echo de menos -murmuró.

Pero ya no le dolía tanto como un año antes. Era cierto, el tiempo borra el dolor. Y lo que le quedaba eran recuerdos felices.

-Yo también -murmuró Hannah-. Pero han pasado dos años, papá. A lo mejor deberías empezar a encender luces.

Sorprendido, Grant se levantó y fue a la cocina. Su hija lo siguió.

-Me gusta la oscuridad.

-Vale, lo que tú digas.

Hannah se apoyó en la puerta de la cocina y Grant se preguntó qué les pasaba a los adolescentes. Su hija nunca entraba en ningún sitio, siempre se quedaba en el umbral, como si estuviera preparando la huida. ¿Qué haría cuando Becka empezase a hacer lo mismo? ¿Compartiría sitio con su hermana o tendría que poner dos puertas en cada habitación?

Sonriendo, Grant abrió la nevera y sacó el cartón de leche que Jenna había comprado. Tendría que pagárselo todo al día siguiente. Jenna hacía aquello desde que Ally se puso enferma. De vez en cuando, se llevaba a las niñas al cine, de compras... Y a sus hijas le encantaba. Incluso la llamaban tía Jenna.

-Papá, lo digo en serio...

-Vale, vale -murmuró él, sirviéndose un vaso de leche.

Todo era demasiado raro aquella noche. La mayoría de los padres darían cualquier cosa por conocer la opinión de sus hijos adolescentes, pero algo le decía que no estaba preparado para aquella conversación.

-Yo creo que deberías empezar a salir con alguien.

Grant se quedó tan helado que siguió echando leche cuando el vaso estaba lleno.

-¡Papá!

-Ah, no me daba cuenta... ¿Qué estabas diciendo, hija?

-Que debes salir con alguna chica.

-¿Yo? -rio él, nervioso.

-¿Por qué no? Sigues siendo atractivo... más o menos.

-Vaya, gracias.

-Ya sabes lo que quiero decir.

-Hannah, mírame. Soy un simple director de colegio y tengo tres hijas. ¿Quién querría salir conmigo?

Ella se encogió de hombros.

-¿Qué tal Jenna?

Grant, que estaba tomando un sorbo de leche, se atragantó.

-¿Estás bien, papá?

Él intentó llevar aire a sus pulmones. Todo aquello era demasiado raro.

-Sí, sí... estoy bien.

-Ten cuidado -rio su hija.

No podía creerlo. ¿Qué era aquello, una conspiración entre Ally y Hannah? No podía ser, pero...

-Bueno, me voy a la cama -dijo ella entonces, interrumpiendo sus pensamientos-. Mañana tengo un examen de geometría a primera hora.

-¿Has estudiado?

-Sí, papá. Buenas noches.

-Buenas noches, cariño.

Grant terminó su vaso de leche y lo metió en el lavaplatos. Después, lo puso en marcha como hacía cada noche y se dirigió a la escalera. Pero entonces recordó que

había dejado la cinta de Ally en el vídeo y volvió al salón. No quería que la vieran las niñas.

Inquieto, decidió poner el vídeo de nuevo. La cinta terminaba poco después de sugerir que debía casarse. Ally decía que lo quería mucho y que no podría haber elegido mejor persona para quererlo y querer a las niñas que Jenna Cartwright.

Grant subió a su habitación, se lavó los dientes, dobló su ropa y se metió en la cama.

Y, por primera vez en su vida, se quedó dormido pensando en Jenna.

Capítulo 2

La luz del dormitorio de Maddy y Becka se encendió cuando Jenna daba marcha atrás con su coche.

-Buenas noches -dijo para sí misma-. Que soñéis con los angelitos. Y con vuestro papá, que está más raro... -añadió, riendo.

Jenna sabía que era el aniversario de su boda. Sabía que habrían hecho diecisiete años si Ally hubiera sobrevivido al cáncer. Por eso se llevó a las niñas de compras. Para que Grant pudiera estar solo. Y para que pudiera llorar si quería. El pobre tenía derecho.

Ally, Grant y ella habían sido compañeros de universidad y consiguieron trabajo en el mismo colegio, pero ella se puso enferma y tuvo que dejarlo pocos años después. Estuvo enferma durante mucho tiempo, luchando contra su mal, pero jamás perdió el buen humor.

Ni el cariño de su marido.

Jenna había esperado encontrarlo triste cuando volvió con las niñas, pero lo encontró más bien raro. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué la miraba con esa expresión tan extraña?

Sacudiendo la cabeza, tomó la autopista que bordeaba el mar para dirigirse a casa. La casita, que había heredado de su abuela, estaba en primera línea de playa. Durante años las inmobiliarias habían intentado comprársela, pero ella nunca quiso vender. No estaba interesada en el dinero. Solo le interesaba tener un hogar que fuera acogedor y seguro para su hermana Amy.

Cuando llegó empezaba a anochecer, pero las farolas de la calle estaban encendidas. Además, era un vecindario

muy tranquilo en el que nunca pasaba nada.

Después de aparcar, Jenna salió del coche con la mochila al hombro. Dentro, llevaba un montón de libros para preparar la clase del día siguiente.

La casa no era muy grande, solo tenía un salón que hacía las veces de comedor, una cocina, dos dormitorios y dos cuartos de baño.

Pero lo más bonito era el porche trasero, que su abuelo había acristalado. Incluso en invierno era un sitio cálido y agradable y, para las plantas, casi como un invernadero. El jardín estaba muy cuidado, con flores por todas partes. Incluso en aquel momento, en septiembre, cuando los días empezaban a ser más cortos, seguía lleno de rosas.

Jenna tiró la mochila sobre el sofá y fue a casa de su vecina. Como siempre, entró sin llamar. En el salón podía oír las noticias sobre el conflicto en Oriente Medio.

-Me toca tirar el dado -oyó decir a la anciana señora Cannon.

-No vale. He ganado yo -protestó Amy.

Jenna y la señora Cannon no tenían problemas para entender a Amy, pero a algunas personas les resultaba difícil. Amy tenía el síndrome de Down y era necesaria cierta paciencia para entenderla.

-¡Jenna! -la saludó su hermana, tan alegre como siempre.

Amy y la señora Cannon estaban jugando al parchís, con la televisión puesta, aunque no estaban prestando atención a las noticias.

-Hola, cielo.

-He ganado, Jenna. Mira, he ganado. La señora Cannon dice que soy la mejor jugadora de parchís del barrio.

La señora Cannon, una mujer de cabello gris, se levantó con el tablero en la mano.

-Eres la mejor que conozco -dijo, sonriendo.

Que se quedara con Amy hasta que ella volviera del colegio era un regalo del cielo. La señora Cannon no salía

de casa y le encantaba quedarse con su hermana por las tardes.

-¿Nos vamos a casa? Son casi las nueve y tengo que repasar los deberes.

-Y yo tengo que ducharme. Mañana trabajo.

Jenna sonrió. Amy trabajaba en el colegio ayudando a los ordenanzas. Contratarla había sido un detalle por parte de Grant. Antes del colegio, trabajaba en un taller con otros chicos con problemas parecidos al suyo, pero era un trabajo que le aburría.

En el colegio solía llevar las cosas al almacén, comprobar que el patio quedaba limpio después del recreo y hacer pequeños recados de clase en clase. Además, le encantaban los niños. Y los niños la querían mucho. Todo el mundo la quería y la hacía sentir importante.

Su único pariente era un hermano que vivía en Oregón, de modo que la familia de las Cartwright eran los niños y los profesores del colegio.

-Gracias por pasar la tarde con Amy, señora Cannon -sonrió Jenna.

-De nada. Ya sabes que me encanta su compañía -sonrió la mujer-. Amy hace que me sienta joven.

-Muy bien. Hasta mañana.

-Hasta mañana, señora Cannon -se despidió Amy.

-Buenas noches, hija.

Su hermana salió corriendo, como siempre. Nunca iba andando si podía correr.

-Qué frío hace.

-Frío no, fresco -sonrió Jenna-. Estamos en septiembre, Amy. ¿Ves esos árboles? Están empezando a perder las hojas porque ha llegado el otoño.

-Y ya podemos comprar calabazas.

-Eso es. Y manzanas para hacer sidra -dijo Jenna, abriendo la puerta de su casa.

-Y luego viene Halloween.

-Muy bien. Buena memoria, amiga.

-Y podemos disfrazarnos de fantasmas -rió Amy, con la alegría de un niño.

-Bueno, a la ducha -ordenó Jenna.

-¿Me vas a leer un cuento?

-Amy, es muy tarde.

-¿Por favor? -le rogó su hermana-. Por favor, Jenna, por favor. Un cuento muy cortito.

-De acuerdo, pero ahora mismo a la ducha. Con jabón y champú.

-Vale.

-¿Qué cuento quieres?

-El del gato con botas -iba diciendo Amy mientras entraba corriendo en el cuarto de baño.

-Ese no. Lo leímos anoche -protestó Jenna.

Pero se lo leería. Haría cualquier cosa por su hermana.

Mientras esperaba en la cocina que terminase de ducharse, pensó en Grant, que la había mirado como si fuera una completa extraña.

Hombres.

-Buenos días, Catherine -sonrió Jenna a la mañana siguiente.

-Buenos días, señorita Cartwright.

Jenna sonrió mientras encendía la fotocopiadora. En el colegio todo el mundo se llamaba por el nombre de pila. Todo el mundo, excepto Catherine Oberton, que insistía en llamar a los profesores por su apellido. Era la secretaria de Grant desde hacía un año, pero seguía llamándolo señor Monroe.

En ese momento, Grant entraba en la oficina.

-Buenos días -lo saludó Jenna.

Él la miró, como sorprendido. Tenía una expresión tan rara que Jenna soltó una carcajada.

-¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

Grant se pasó una mano por la corbata. Solía llevarla roja, pero aquel día era de flores.

-Sí, claro.

Cuando iba a darse la vuelta se tropezó con la papelera y Jenna intentó sujetarlo. Como si pudiera sujetar a un hombre que medía casi un metro noventa.

-¡Cuidado!

Él se puso como un tomate.

-Perdona -murmuró, antes de salir de la oficina.

¿Qué le pasaba? Grant Monroe nunca se tropezaba con nada, nunca iba despeinado, nunca metía la pata...

Sorprendida, Jenna se volvió hacia la fotocopidora para terminar el trabajo. Sus niños, con uniforme de camisa blanca y pantalón o faldita de cuadros verdes, estarían esperándola ansiosos para ver las fotografías que había llevado.

Cuando pasó por delante del despacho para volver a su clase, Grant estaba sentado frente a su escritorio, anotando algo en un papel con expresión pensativa.

-¿Te pasa algo?

Él se sobresaltó.

-No, nada.

-¿Las niñas están bien?

-Estupendamente.

-Vale. Si necesitas algo, dímelo.

-Sí, claro -murmuró Grant, enfrascándose de nuevo en el papel como si le fuera la vida en ello.

A Jenna le pareció raro que no la mirase a los ojos. Siempre habían sido buenos amigos y cuando Ally murió se acercaron mucho más. Grant Monroe no era la clase de hombre que llora sobre el hombro de nadie, pero sabía que podía confiar en ella.

Su comportamiento era muy raro...

Cuando por fin desapareció, Grant se sujetó la cabeza con las dos manos. No podía creer que hubiera tropezado con una papelera, como un crío. No podía creer que Jenna

Cartwright lo afectara de aquella forma. Eran amigos de toda la vida...

Pero aquella noche no había dormido bien. Sus sueños estuvieron poblados de imágenes extrañas... Ally y Jenna en la playa, llamándolo. Ally sentada frente a él, delante de una hoguera. Pero cuando le ofreció una copa de vino, quien la aceptaba era Jenna. El sueño era tan real que seguía sintiendo el calor de su mano al tomar la copa. Seguía oliendo su perfume, un perfume que llevaba siempre y que era muy peculiar.

El sueño lo había hecho sentir como un canalla.

Nunca había pensado en otra mujer y eso lo asustaba. Jenna estaba en su sueño, pero había algo más... un deseo físico sorprendente, inusitado.

Con la cara roja de vergüenza, Grant se levantó de la silla.

-Los anuncios del día -le recordó Catherine, su secretaria.

Catherine Oberton llevaba una falda por debajo de la rodilla y una blusa abrochada hasta el cuello. Siempre iba vestida como si fuera mucho mayor de lo que era... pero le gustaba tontear con él. Descaradamente.

-Gracias, Catherine. ¿Tienes las faltas de asistencia?

Ella parpadeó. Era un gesto tan descarado que Grant tuvo que contener una risita.

-Los he dejado sobre su escritorio, señor Monroe.

Solía tratarlo como si fuera un renombrado neurocirujano en lugar de un simple director de colegio.

Seguramente, lo hacía para que se sintiera importante.

Grant leyó los anuncios del día por el altavoz, como siempre, terminando con la cita de un famoso autor. A veces las citas eran de carácter serio, otras simpáticas. A veces trataban de algún tema concreto, otras sobre generalidades de la vida. Pero siempre eran lecciones valiosas para los niños.

Cuando terminó, salió de su oficina seguido por los devotos ojos de Catherine y echó un vistazo por los pasillos como hacía cada mañana. El resto del día lo pasó atendiendo la oficina y pensando en lo que Ally había dicho sobre Jenna. Fue a una conferencia y pensó en Jenna. Se sentó frente a su escritorio, aparentando estar haciendo su trabajo... mientras pensaba en Jenna.

Eran casi las tres cuando salió de su despacho, sin propósito alguno más que cambiar de ambiente. Quizá si daba un paseo podría olvidarse de ella.

Pero no podía dejar de oír la voz de su difunta esposa, diciendo que debía casarse con Jenna Cartwright.

«Quiero que salgas con Jenna. Yo creo que no será difícil que te enamores de ella. Quiero que te cases con Jenna, Grant».

Era absurdo y él lo sabía. El problema era que, al final de la cinta, Ally lo había hecho prometer que lo intentaría. Lo había hecho prometer que, al menos, saldría con ella a cenar.

Grant no tenía intención de hacer promesa alguna a ese respecto, pero la segunda vez que vio la cinta, con las niñas ya dormidas, la promesa había salido de sus labios.

Sin pensar, murmuró: «te lo prometo, Ally».

Y una promesa es una promesa. Obviamente, por eso había tenido aquel sueño. Por eso no podía dejar de pensar en Jenna. Porque se lo había prometido a su mujer.

La lógica respuesta a su inquietud era invitar a Jenna a cenar y después volver a casa, poner la cinta y decirle a Ally cara a cara que no había nada entre ellos, más que una buena amistad. Que no había química.

Su esposa lo entendería.

Grant pasó por delante de la enfermería del colegio y fue directamente hacia la clase de párvulos. Hacia la clase de Jenna, como si fuera un imán.

Dio la vuelta a una esquina... y casi se chocó con ella, que estaba en el pasillo colocando unos dibujos en la pared.

-Hola, Grant.

-¿Qué haces? -preguntó él, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón porque no sabía qué hacer con ellas.

De repente, sus brazos eran largos apéndices que no servían para nada más que para hacerlo sentir incómodo delante de Jenna.

-Colgar las acuarelas de mis niños. ¿Te gustan?

-Sí -contestó Grant, sin mirarlas.

-He llamado para pedir un ordenador, pero siguen dándome largas. Dicen que los profesores no pueden pedir material, solo «el jefazo». Tú eres el jefazo, ¿no?

Aquel día, Jenna llevaba el pelo sujeto con una trenza, como solían llevarlo sus hijas. Pero a Jenna la trenza no le quedaba como a sus hijas. No, en ella era... muy sexy.

-¿Necesitas un ordenador?

-Todo ser humano, tenga la edad que tenga, necesita un ordenador. Y quiero que mis niños empiecen a utilizarlo.

-Muy bien. Llamaré mañana.

-Vale -sonrió ella, sin dejar de colocar las acuarelas.

Dentro de la clase, Grant oía reír a los niños, preparados para volver a casa. Oía la voz de Martha, la ayudante de Jenna, dando instrucciones para que se pusieran en fila.

Y si quería invitarla a cenar tenía que decidirse, pensó.

-Oye...

-¿Hannah ha encontrado la revista de música que quería?

-Hannah no debería leer revistas de música. Debería estar leyendo *El crisol*, de Arthur Miller. Yo lo leí cuando estaba en el instituto -murmuró Grant, nervioso-. Jenna...

-¿Sí?

-¿Quieres que cenemos juntos el viernes?

-Vale.

No había sido tan difícil, pensó Grant.

-Estupendo. Nos vemos a las nueve en el restaurante francés que tanto te gusta, ¿de acuerdo?

No tenía valor para ir a buscarla a casa. Eso sería... como una cita de verdad.

-Muy bien. A las nueve.

-Ya sabes, cada uno en su coche. Por si acaso debo volver a mi casa corriendo.

-A lo mejor soy yo quien quiere salir corriendo -sonrió Jenna entonces.

Grant carraspeó, nervioso.

En ese momento se abrió la puerta del aula y Martha apareció con un montón de niños tras ella.

-Bueno, me voy. Tengo que acompañar a mis chicos al autobús.

Jenna se fue por un pasillo y Grant se fue por otro.

Pero aquella vez tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón porque quería. Además, iba silbando.

Era la primera vez que silbaba en mucho tiempo.

Capítulo 3

Papá tiene una cita -cantaba Becka, que estaba sentada en un taburete-. Papá tiene una cita. Papá tiene una cita.

-No tengo una cita -protestó Grant, sacando una bandeja del horno.

No era un gran cocinero, pero hacía un pollo al horno para chuparse los dedos. Aunque fuera una inmodestia.

-Papá tiene una cita -repitió Maddy, que estaba entablillándole la pata a un tigre de peluche-. ¿Qué es una cita, Becka?

-No tengo una cita -repitió Grant.

-Una cita es cuando un hombre lleva a una chica a cenar y al cine. Papá va a salir con la tía Jenna.

-Voy a cenar con la tía Jenna para poder hablar tranquilamente -replicó Grant, quitándose las manoplas.

Había quedado con Jenna en el restaurante y si no se daba prisa, llegaría tarde.

-Papá tiene una cita con la tía Jenna -cantó Maddy, sin dejar de entablillarle la pata al pobre tigre-. Papá tiene una cita con la tía Jenna.

-Callaos las dos -dijo Hannah, entrando en la cocina-. Lo estáis poniendo nervioso. Esta es su primera cita.

-¿Es que nadie me escucha? Esto no es una cita -volvió a protestar Grant, quitándose el mandil.

Solo tenía que ponerse la chaqueta y podría marcharse de aquella casa de locos.

Había pensado cambiarse de ropa cuando volvió del colegio, quizá ponerse un polo y pantalones de sport. Pero entonces quedaría claro que se había cambiado porque era

una cita. Y no quería que Jenna entendiera mal el asunto de la cena.

No era una cita. Solo era... solo... solo estaba haciendo honor a la promesa que le hizo a su esposa. Nada más.

-Ya, ya -rio Hannah.

Grant hizo una mueca de desesperación.

-Deberes, ducha, pijamas... -empezó a recitar.

-Lo sé, papá -suspiró Hannah, que iba a quedarse cuidando de las pequeñas.

-Esta noche no tenemos deberes -protestó Becka-. Es viernes.

-Vale. Pero solo una hora de televisión -insistió Grant, mirando a su hija mayor-. Digan lo que digan, a las diez en la cama todo el mundo. No dejes que te hagan chantaje. Conozco muy bien a estas dos enanas.

-Adiós, papá -sonrió Becka.

Grant le dio un beso a cada una.

-Adiós, cielos. Sed buenas con Hannah o tendré que ataros por las coletas cuando vuelva a casa.

-Adiós, papi -se despidió Maddy-. Espero que lo pases bien con la tía Jenna. No la beses mucho.

Hannah y Becka soltaron una carcajada.

Grant miró a su hija, perplejo. ¿De dónde había salido eso?

Pero sería mejor no preguntar. Porque la respuesta lo haría llegar tarde.

Y estaba nervioso. Lo de la cena no había sido buena idea. No debería salir con nadie, debería quedarse en casa con sus hijas. Pero era demasiado tarde.

Cenaría con Jenna, intentaría charlar sobre cualquier cosa y volvería a casa lo antes posible.

-Nos vemos luego, niñas. Cierra con cerrojo, Hannah. Y si necesitas algo, llámame al móvil.

-Que lo pases bien, papá. No bebas mucho alcohol y no tomes drogas. Y llámame si pasa algo -rio Hannah,

repitiendo lo que él solía decirle cada vez que salía con sus amigas-. Te quiero mucho, papi.

-Yo también.

Antes de arrancar el coche, Grant sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente. Y mientras lo hacía se miró en el espejo retrovisor.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué estaba tan nervioso? No solo eso, parecía petrificado.

Pero solo era una cena con una amiga. Con Jenna Cartwright. Jenna, que era su amiga desde hacía casi veinte años. Jenna, que había estado en su boda. Jenna, que no se separó de su lado cuando Ally se puso enferma...

Pero estaba nervioso porque no era solo una cena y lo sabía. Era una cita y él no había tenido una cita en veinte años.

Y estaba muerto de miedo.

Jenna aparcó el coche y esperó a Grant en la puerta del restaurante francés. Durante el verano era uno de los sitios más populares de la ciudad y siempre resultaba difícil encontrar mesa.

Afortunadamente, la temporada alta estaba terminando.

Entonces vio la furgoneta de Grant y lo saludó con la mano. Las ocho menos dos minutos. Ella no solía ser puntual, pero Grant jamás llegaba tarde.

Mientras esperaba que comprobase si todas las puertas estaban cerradas, como solía hacer, Jenna sentía mariposas en el estómago. Estaba nerviosa.

¿Por qué una cena con Grant la ponía tan nerviosa?

No lo entendía. Grant y ella habían cenado juntos cientos de veces. Antes de casarse con Ally, durante su matrimonio y después.

Pero aquella cena era diferente y no solo porque hubieran quedado en un restaurante. A solas. En lugar de cenar en su casa.

Era algo más. Algo que no podría definir. Grant se portaba de forma extraña desde el día de su aniversario. Y estaba segura de que tenía algo que ver con ella.

-Hola -la saludó, tan guapo como siempre con su traje gris.

-Hola -sonrió Jenna.

Se había puesto un precioso vestido azul cobalto con chaqueta a juego. Después de cambiarse pensó que quizá era un error. ¿Pensaría Grant que aquello era una cita? Las mujeres solo se cambian de ropa para una cita. No se cambian para «cenar con un amigo de toda la vida».

Pero, al final, se dejó el vestido.

-¿Cómo estás? -preguntó Grant, inclinándose para darle el proverbial beso en la mejilla.

Llevaban años besándose, pero aquel día era diferente. Y Jenna se puso como un tomate.

Llevaba colonia. Grant no solía ponerse colonia más que por las mañanas, después de ducharse.

¿Lo habría hecho para ella?

-¿Has reservado mesa? -preguntó Jenna, nerviosa.

-Sí, en la terraza.

Por supuesto. Grant Monroe jamás olvidaría reservar mesa. Ella sí. Y llegaría diez minutos tarde porque se le había olvidado el bolso. Pero Grant no. Siempre había admirado lo organizado que era.

Solía decirle a Ally que no podría vivir con un hombre así, pero en realidad lo admiraba profundamente.

El camarero los llevó hasta la terraza, acristalada como su porche. Sobre la mesa, dos rosas y una vela encendida. Muy romántico. Demasiado.

Durante unos minutos estuvieron mirando la carta, en silencio, y por fin, Grant carraspeó:

-Bueno, aquí estamos.

-Aquí estamos... -repitió ella, sin saber qué decir-. Esto es un poco raro, ¿no?

Grant se puso colorado.